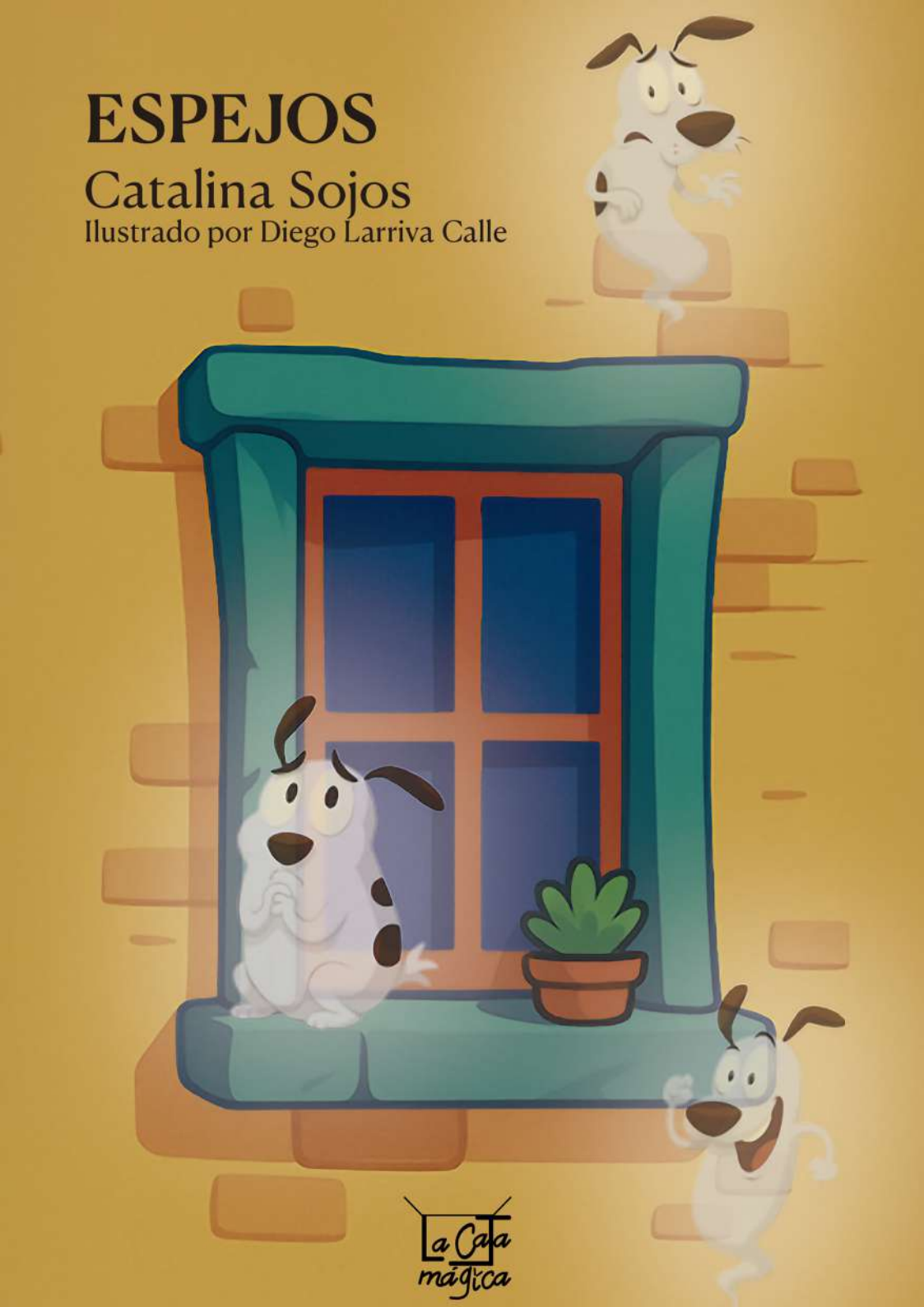
ESPEJOS

Catalina Sojos
Ilustrado por Diego Larriva Calle



La Casa mágica

ESPEJOS
Mitologías

ESPEJOS: Mitologías
De la colección Cábalas y Espejos

© del texto: Catalina Sojos, 2025
© de las ilustraciones: Diego Larriva, 2025
© de esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2025

ISBN: 978-9942-577-82-5
e- ISBN: 978-9942-577-96-2
ISBN de la colección: 978-9942-577-61-0
epub ISBN: 978-9942-577-98-6

Editor: Franklin Ordóñez Luna.
Diseño y diagramación: Diego Larriva Calle / Fernando Yukich.
Corrección de estilo: Franklin Ordóñez Luna / Mónica Martínez.

Libro arbitrado por pares: Lucrecia Maldonado / Juan Carlos Astudillo.

Impresión: PrintLAB de la Universidad del Azuay.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector.

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica.

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones.

Toa Tripaldi Proaño
Directora de la Casa Editora.

ESPEJOS
Mitologías

Catalina Sojos

La Casa mágica

PRESENTACIÓN

La literatura infantil y juvenil en nuestro país sigue siendo vista con desdén, incluso cuando nuestros autores canónicos han publicado libros destinados al público infantil o juvenil, esas obras son vistas como obras menores. Pero los libros que nos acercaron a la literatura "para ser lectores serios y exigentes" fueron los libros de literatura infantil. A pesar de la edad aún existimos lectores que seguimos maravillándonos con *El patito feo* de Andersen o *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* de Selma Lagerlof.

En esa gran literatura infantil y juvenil clásica -mucha anónima y la mayoría escrita por varones- sus autores plasmaron sus voces de hombres, blancos y europeos. La voz de las mujeres fue escuchada a través de ellos y nos las mostraron como sumisas, incultas, poco críticas y poco reflexivas, cuya aspiración de vida era que aparezca el príncipe azul que las "salve". Uno de los grandes libros que me acercó a la literatura universal fue *La charca del diablo* – en versión de Ariel Juvenil- solo con los años descubrí que George Sand era Aurore Dupin.

En el caso de la literatura ecuatoriana – destinada para niños y jóvenes- últimamente las mujeres han tomado posesión y lo hacen de manera ejemplar, por algo dos de ellas han sido reconocidas con el Premio Cervantes Chico. Pero ahora que tenemos libros -y muchas veces, sobreproducción de los mismos- los lectores, en el caso ecuatoriano, seguimos siendo pocos. Hemos perdido el único Plan Nacional de Promoción y Difusión del Libro (el que solo duró 4 años, y siempre estuvo centralizado), el precio de los libros que publican las editoriales nacionales o internacionales destinados para los niños y jóvenes son inaccesibles para estudiantes de la escuela pública. ¿Los padres de familia leen a sus hijos y animan a la misma? ¿Los profesores de lengua y literatura tienen la formación idónea para realizar buenas prácticas de lectura y escritura? ¿Cuál es el papel de la universidad frente a esta realidad?

Si acceder al libro en nuestro contexto es un privilegio y si los que leen, que son pocos, acceden al libro y éstos son en su mayoría de autores extranjeros, ¿cómo reconocernos como ciudadanos ecuatorianos a través de nuestra literatura?

Tenemos autores de literatura infantil y juvenil de calidad. Y es obligación nuestra leer sus libros, escuchar sus voces. Pero también es obligación de nuestros escritores

reflejar nuestro contexto -somos latinoamericanos, mestizos, pluriétnicos-, es obligación de nuestros escritores generar productos culturales que vayan más allá del del simple entretenimiento y, más aún, descartar temáticas de autosuperación o autoayuda; los buenos libros no resuelven problemas de autoestima o finanzas. Los buenos libros incrementan la imaginación en los niños y jóvenes, también desarrollan habilidades, destrezas y competencias lingüísticas y comunicativas.

* * *

Al hablar de la literatura infantil ecuatoriana es imprescindible referirnos a la escritora Catalina Sojos. Ella desde diferentes frentes nos ha presentado a lo largo de su carrera libros destinados para chicos. Muchos niños han crecido con sus libros y los profesores han generado prácticas a través de sus textos en los que se examina la realidad social, cultural, antropológica e incluso ambiental. Sojos es una escritora con conciencia local, nacional y universal.

El medio ambiente y la conservación de espacios naturales han sido preocupaciones constantes de Sojos. Bajo esta temática la autora ha escrito algunos cuentos –sobre todo destinados para niños- consciente de que ellos son los que cuidarán, preservarán y protegerán estos espacios donde se genera y fecunda la biodiversidad y la vida. Bajo esa premisa han surgido textos en los que el Parque Nacional Cajas es uno de los espacios preferidos de la autora.

El Cajas, espacio donde crece y florece el agua para Cuenca, es el escenario para los cuentos más lúcidos y mágicos de nuestra autora. *Los alebrijes del Cajas,* texto inédito que incluimos en esta colección, la autora envuelve al espacio natural y único con metáforas y poesía, alebrijes que nos permiten ese diálogo intercultural con otras culturas y naciones. Consciente de que el agua es vida el 16 de septiembre de 2025 la autora marchó por las calles de la ciudad de Cuenca siendo el corazón del quinto río de Cuenca; al finalizar la marcha dijo: “Jamás he tenido

una experiencia más hermosa. Disfruto de ser combativa y revolucionaria... Hoy he comprobado que la palabra puede incendiar o apaciguar a un pueblo".

Catalina Sojos es una de las voces más firmes de la literatura infantil cuando nos referimos a la diversidad étnica y la fortaleza cultural que poseemos como nación. En muchos de sus cuentos los personajes nos recuerdan nuestra identidad y diversidad cultural. De sus cuentos surgen voces de personajes herederos de la cultura inca y cañari. Protagonistas que desde nuestro contexto e incluso migrantes y o sus hijos que han nacido fuera de Ecuador, reciben como eco los mitos, costumbres, leyendas y tradiciones de los pueblos andinos de los cuales sus padres son parte. Si naces y habitas Nueva York , Madrid, Roma, etc., las colinas del Sigsig, Cañar, Gualaceo, Tarqui, Nabón, Saraguro, etc., son postales donde seres mitológicos danzan al son del tambor y los rondadores. Inti Raymi / Quilla Raymi.

Pero Cuenca es la verdadera "musa" de la autora. Ella es el escenario de la vida y del amor, de la angustia, la soledad y la muerte... La ciudad andina, envuelta en agua y cúpulas, es imprescindible en la obra de la poeta; en *Cantos de piedra y agua*, sentencia: "soy la que habita esta ciudad sin mar y escribo /con el polvo de sus cúpulas ". Es una relación ambigua la que se genera entre la ciudad que habita la poeta y la ciudad que habita a la poeta. Como esas relaciones que con los años el amor se convierte en costumbre; en otras ocasiones se percibe a la ciudad como la aldea que limita. En fin. Pero dentro de este territorio como un punto mágico y angular sobresale Guangarcucho (*Rincón del tambor*), para muchos el mejor libro de Sojos. El epígrafe de Duras nos hace recordar la intensidad de la vida y es así, efectivamente como este libro desgarra la vida hasta llegar al límite y desde la orilla del precipicio, surge la fuerza de estos versos heroicos y universales; profundos y desgarradores. Hay que leer con mucha atención estos versos para disfrutarlos... cada vez que regresamos a él estamos más seguros de la cercanía con *De profundis* de Wilde, ese texto oscuro y doloroso, pero por ende tan humano, que nos desgarra el alma y la vida.

* * *

La colección *Cábalas y espejos* de Catalina Sojos está compuesta de ocho libros; cuatro destinados al público infantil y cuatro para el público juvenil. Tanto los niños como los jóvenes del país deben leer a nuestra autora. Si pensamos en la naturaleza, en la identidad cultural, en la mujer, e incluso en la ciudad, es necesario que tanto niños y jóvenes lean, escuchen e infieran los textos de Sojos.

Cada uno de los libros los hemos estructurado pensando en los niños y jóvenes. Esta colección incluye casi la totalidad de la obra literaria de nuestra autora, incluso tenemos textos inéditos.

Esta colección evidencia la visión de Catalina Sojos frente al mundo, su percepción frente a los temas que siempre le han preocupado e incluso a favor de los cuales ha alzado su voz desde las páginas de diarios, plataformas digitales y entrevistas. Como ya lo hemos manifestado, Sojos tiene claro que tanto los niños y los jóvenes con conciencia social son los que preservarán nuestro medio ambiente y nuestra identidad cultural que ella promovió, difundió y conservó cuando se desempeñó como Directora del Museo Manuel Agustín Landívar: espacio donde confluyen armónicamente vestigios de las culturas cañari, inca y española.

Por su parte, la visión nuestra como editores, fue armar la colección agrupando esa gran producción de la autora bajo temas y tomos específicos y que tanto niños y jóvenes deben conocer. Esos textos los acompañamos de paratextos que permiten el diálogo coherente entre el texto y el lector. Como elemento principal de estos paratextos surgen las ilustraciones de Diego Larriva, él con su experiencia en la ilustración y, a través de un trabajo limpio y meticuloso generó esa especie de pasaje que permitirá a los niños y los jóvenes, disfrutar de mejor manera estos cuentos y poemas.

Los paratextos son indispensables para una colección infantil y / o juvenil; éstos generan un diálogo coherente entre textos literarios y el lector. Dentro de los paratextos, en nuestro caso, las ilustraciones son las principales herramientas para acercar a los chicos al texto. Diego Llariva tiene un buen recorrido en el campo de la ilustración; su talento se manifiesta en cada línea,

en cada trazo, en cada color; pero sobre todo su idoneidad es evidente en las ilustraciones de los libros para jóvenes. En la literatura destinada para el público juvenil -que es la obra de Sojos que la ha posicionado entre los grandes del país- Larriva se siente más libre, más seguro, pudo experimentar más con las formas, el color, la técnica y sorprendernos con textos limpios pero a la vez cargados de subjetividad... estas bellas ilustraciones son complementos textuales que también pueden fluir solas y, que como toda obra de arte, servirán a los chicos para pulir su gusto estético y generar múltiples interpretaciones.

En la contraportada de cada tomo contamos con la colaboración de escritores, poetas e investigadores, locales, nacionales e internacionales, que gustosos decidieron ser parte de esta colección con sus comentarios que de manera precisa nos acercan a cada uno de los tomos de la colección.

* * *

Entregamos *Cábalas y espejos*, de Catalina Sojos, con ilustraciones de Diego Larriva, seguros de que como institución universitaria hacemos un aporte valioso a la comunidad. Este trabajo apasionante y apasionado tiene el objetivo de llenar espacios y necesidades en el sistema educativo nacional, de ofrecer libros de calidad a niños y jóvenes; todos pueden acceder de manera gratuita a los ocho tomos a través de la versión digital que consta en el Catálogo de la Casa Editora de la Universidad del Azuay.

El libro y la lectura cambian el mundo, pero necesitamos de la colaboración del Ministerio de Educación, de las autoridades de educación, de los profesores de lengua y literatura. El éxito de todo proyecto educativo depende de todos. Como lo manifestó nuestra autora: *la palabra puede apaciguar o incendiar a un pueblo*, necesitamos que nuestros niños y jóvenes lean, que tengan conciencia social, que sean los que cuiden y protejan el agua y la naturaleza, la cultura que nos consolida como potencia; necesitamos niños y jóvenes críticos y autocríticos que amen a su país, a sus hermanos, su territorio, nacionalidad y cultura.

Franklin Ordóñez Luna.
Cuenca, noviembre de 2025

Gagones
Son unos perros chiquitos que viven en la memoria de las abuelas.

El cacique Duma

El celular de Byron sonaba tu ... tu .... tu ... y pequeñas lucecitas doradas indicaban que algo extraño sucedía.

- ¡No puede ser! Si recién acabo de recargarlo - dijo el muchacho al tiempo que se dirigía a la catedral donde le esperaba su abuela.

Otra vez el celular se encendió solo y un rayo de luz iluminó el suelo del templo. En medio de

la oscuridad el muchacho miró la sombra de unas pisadas.

- Hasta que te encuentro - protestó un chico vestido de amarillo - ¿te acuerdas de mí?- y continuó sin esperar respuesta - ando tan apurado que no me acuerdo dónde dejé mi quipa.

Byron supuso que no se dirigía a él y siguió con la mirada perdida en el aire.

- ¿Qué te pasa?- dijo el otro - ¿Acaso no me reconoces?

- ¿Hablas conmigo? - preguntó

Byron boquiabierto.

- ¡Pero claro! si me estabas enviando señales hasta hace un instante.

- ¿Quién eres?

- ¡Que distraído soy! Me llamo Juan Duma

- ¡Qué nombre tan raro!

- Más raro es el tuyo - contestó el otro.

- ¿Cómo que mi nombre es raro? Me llamo Byron y en la escuela hay muchos chicos con ese nombre

- Pues yo nunca lo he oído ¿Y tu apellido?

- Chicaiza - dijo Byron con recelo.

- Ese sí lo he escuchado, posiblemente vos eres del Hatum Cañar.

“Qué chico tan chocante” pensó Byron al tiempo que preguntaba:

- ¿Qué es una quipa?

- ¿No sabes que es una quipa?

Juan movió la cabeza en tono burlón.

- Está bien te lo diré: es una caracola sacada del mar que sirve para llamar a la gente, además la utilizamos para nuestras fiestas.

- ¿Una caracola? ¡Yo nunca he visto una! ¿Qué forma tiene?

- Es como un churo pero con el color de la spondylus.

Byron pensó inmediatamente averiguar la palabra en internet.

- ¿Quieres que te la dibuje?- preguntó Juan y sin esperar respuesta trazó una hermosa figura en la vereda del parque.

- ¡Qué gara!- dijo Byron.

- No, no es un cuy, es una quipa - aclaró Juan y continuó - ¿Sabías que te buscaba? Necesito contarte algunas cosas, quiero que conozcas de dónde vienes y quién eres.

- ¡Pero si yo sé perfectamente quién soy!

Byron pensó en sus padres allá en los Estados Unidos.

- Tú y yo somos de la raza cañari - anunció solemnemente Juan Duma- Herederos de grandes misterios y tradiciones. Hemos poblado estas tierras; nuestros dominios fueron inmensos, teníamos palacios, adorábamos al sol, a la luna, y las guacamayas eran nuestras protectoras.

Byron se convenció de que el chico estaba loco.

- Vos sí que estás chiflado- aseguró.

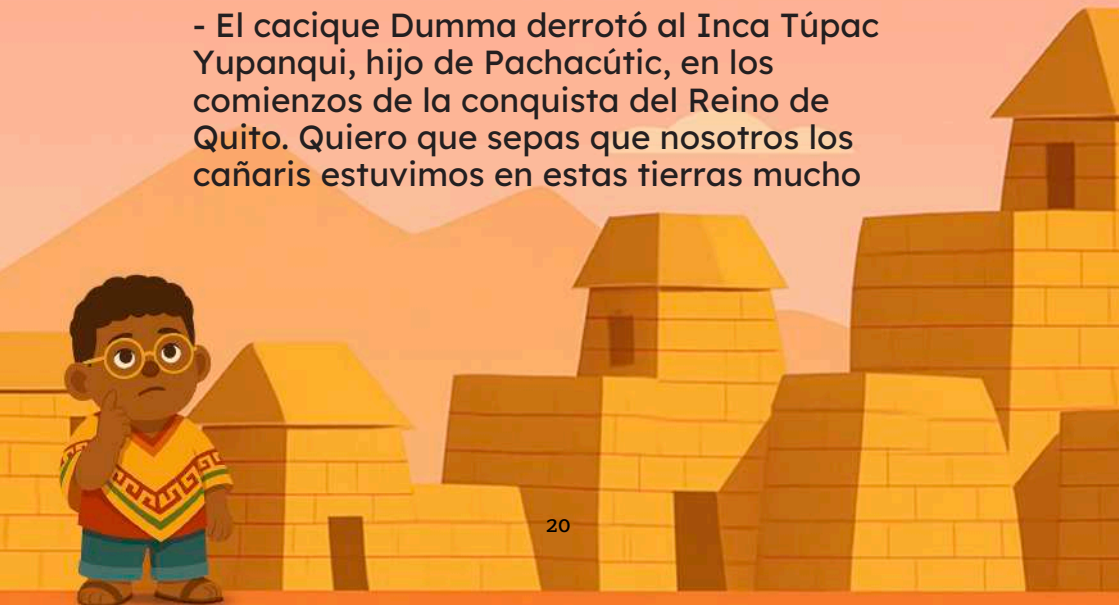
Sin entender mucho Juan protestó:

- Es verdad, amigo mío. A propósito ¿por qué usas esas palabras tan extrañas?

- ¡Eres vos el extraño! - se molestó Byron, sin embargo, le gustaba lo que le estaba contando Juan Duma.

- Cuéntame de tu abuelo- pidió.

- El cacique Dumma derrotó al Inca Túpac Yupanqui, hijo de Pachacútic, en los comienzos de la conquista del Reino de Quito. Quiero que sepas que nosotros los cañaris estuvimos en estas tierras mucho



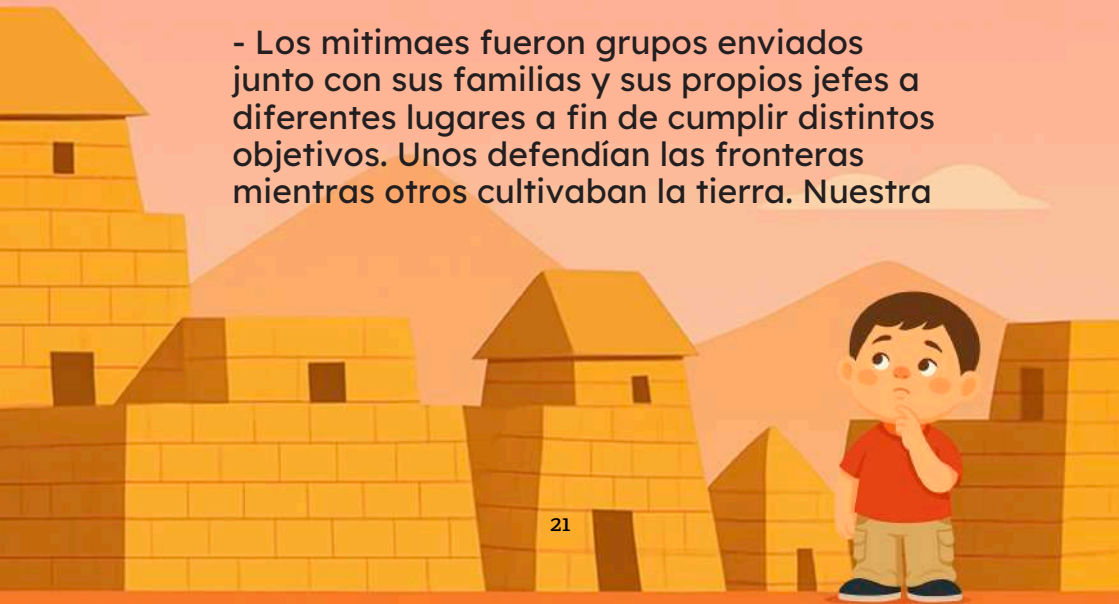
antes que los invasores incas, llegamos hace mucho, mucho tiempo desde Centroamérica, y nuestros antepasados fueron quichés, mayas, caribes y nahuas.

- Yo he oído de los mayas, en la tele pasan que pudieron ser extraterrestres.

- ¡Nada que ver! - Juan lanzó una gran carcajada. - Simplemente fue una raza muy avanzada en su técnica, pero te sigo contando: en el siglo XV llegaron los Incas, y afectaron nuestras tradiciones y costumbres, nos dominaron y explotaron, de allí que al mando de mi abuelo el cacique Dumma se armó la resistencia cañari, y a pesar de que triunfamos al comienzo, luego tuvimos que salir como mitimaes.

- ¿Mitimaes? ¡Este sí que sabe palabras difíciles!

- Los mitimaes fueron grupos enviados junto con sus familias y sus propios jefes a diferentes lugares a fin de cumplir distintos objetivos. Unos defendían las fronteras mientras otros cultivaban la tierra. Nuestra



raza sufrió mucho a consecuencia de Huayna Cápac, el hijo de Túpac Yupanqui. Pero no me distraigas; mi objetivo es contarte nuestro origen y lo que hacíamos aquí, en nuestro Reino antes de los invasores.

Mientras Juan hablaba, una luz intensa brillaba desde su ropaje amarillo, Byron se frotó los ojos, tenía la impresión de estar soñando.

- El origen de nuestro pueblo, como te dije, se remonta a tiempos inmemoriales ya que nos salvamos de un diluvio universal.

- ¿Cómo el de Noé?

- Exactamente. Según nuestros abuelos sólo dos hermanos salvaron sus vidas al alcanzar la cima del Huacayñán, el monte sagrado de los cañaris. Allí fueron alimentados por dos guacamayas con rostro de mujer, con quienes se casaron después de atraparlas. Tuvieron seis hijos: tres varones y tres mujeres. Estos, a su vez, se casaron entre sí y poblaron todos estos territorios y procrearon así nuestra raza.

- ¡ Y dale con lo de las guacamayas! ¿Puedes dibujarme una?

Poco a poco Juan iba adquiriendo mayores poderes, sin pensar trazó en el aire una gran guacamaya que quedó colgada en las ramas del fresno en el parque.

- ¡Parece un globo del septenario!- rió Byron.

- Lo que pasa es que todavía no puedo dibujar bien, perdí mucha energía con el viaje.

- ¿De dónde vienes? - Byron era un saco de preguntas.

- Todavía no puedo decirte... ni yo mismo sé cómo llegué aquí.

La guacamaya seguía colgada y sonreía con su rostro bellísimo de mujer.

- Se parece a mi mamá - suspiró el chico, recordando la última foto que le llegó al correo electrónico: su mami en Nueva York junto a los tíos, abrazada a su papi allá en esa ciudad a la que iría algún día.

- Te has quedado mudo, mejor no vuelvo a hacer ningún dibujo...

- ¡No! lo que pasa es que estaba pensando en otra cosa. Pero sígueme contando.

- La nación cañari era muy organizada y tenía estudios avanzados de agricultura, alfarería y orfebrería, además, conocía la influencia de las estrellas en la tierra.

- ¿Qué significa cañari? - Ahora sí Byron estaba atrapado. Le encantaba esta conversación, mucho más interesante que la Guerra de las Galaxias.

- Dicen que la palabra cañar, proviene del shuar: Can significa hermano y nar, raíz; es decir, raíz de hermano. Para otros, can significa culebra o serpiente y ara, guacamaya; o sea hijos de la serpiente y la guacamaya. Yo prefiero la segunda.

De pronto Juan comenzó a descolorirse.

- ¡Háblame de ti! - pidió Juan precipitadamente - Necesito mantenerme aquí todavía.

Byron habló rapidísimo, de alguna manera presentía que Juan se alimentaba con sus datos.

- Yo vivo con mi abuelita, mis papis mandan dólares constantemente. Construyeron una casa enorme en Burgay, pero no me gusta porque es solitaria y llena de polvo; prefiero venir a Cuenca porque aquí tengo mis amigos.

- ¡Cuenca, la ciudad que fundó Don Gil hace cuatrocientos cincuenta años! ¡Cuánto tiempo tengo vagando! - susurró Juan. Y en voz alta agregó: Guacha Opari Pamba.

- Ahora sí que te pasaste, ¿en qué idioma hablas?

- En mi lengua quiere decir plaza donde se origina la gente cañari. ¡Lo que trato de decirte es que este sitio, precisamente donde estamos vos y yo, fue la matriz, el centro, la capital del reino cañari!-

se impacientó Juan.

-Y ya que no paras de hablar de una vez te digo todo: hace mucho, mucho tiempo este

hermoso sitio se llamaba Guapondélig que quiere decir llanura ancha como el cielo. Allí se levantó la ciudad cañari de Paucarbamba, llanura florida cuya plaza principal se conoció como Guacha opari pamba. Posteriormente los incas llamaron a la ciudad Tomebamba y finalmente, gracias a mi intervención y a la del cacique Leopulla, los españoles la rebautizaron como Cuenca Santa Ana de las Aguas por tener muchos ríos, acequias y arroyos que la bañan.

En este punto Juan resplandecía; el hablar de sus antepasados le hacía brillar como una moneda de oro.

- ¿Por qué brillas tanto?

- El amor te hace brillar más que todos los soles juntos. Pero ven, acércate, vamos a jugar, - Juan sacó un bastón lleno de jeroglíficos y cubierto con una tela delgada de plata. En un abrir y cerrar de ojos se formó un planeta.

Juan lo cogió en sus manos y comenzó a amasarlo. Lentamente fue adquiriendo las más extrañas formas hasta que quedó alargado como una lámina.

El muchacho lo colocó suavemente en la vereda.

- Te voy a indicar los límites de nuestra nación antes de la llegada de los incas: al norte, en el nudo del Azuay, los cacicazgos de Alausí y Tiquizambi- y el nudo del Azuay comenzó a titilar orgulloso -Al mediodía se encontraban las tribus de los Paltas - y el centro de la lámina se iluminó con luces fluorescentes -

Al oriente, la cordillera de los Andes separaba a los cañaris de los shuar - inmediatamente la esquina se encendió y comenzó a hacer guiños - Por el occidente nuestras tierras se extendían hasta las costas del Pacífico, pobladas entonces por los huancavilcas - una luz celeste como de mar inundó su pedazo.

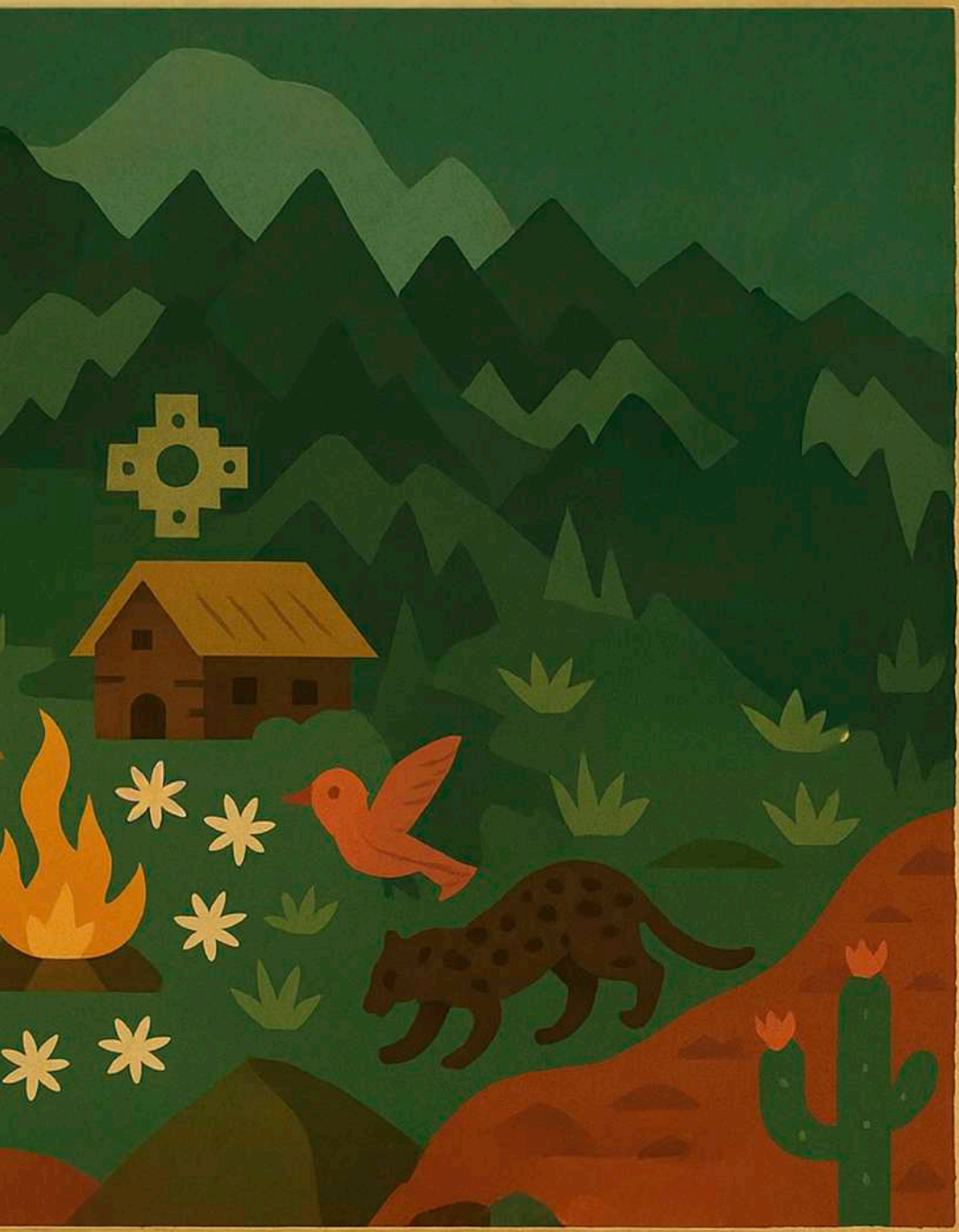
Juan recogió la lámina y la guardó. Byron estaba boquiabierto.

- ¡Vamos hasta ese sitio! -ordenó Juan y los dos chicos se dirigieron hacia la calle Santa Ana.

- En este sitio sagrado va a pasar algo extraordinario. No te asustes.

Byron sonrió sin miedo ¿cómo se iba a asustar si todos los días él veía cosas terribles en la tele?

Entonces Juan sacó un rondador de barro. Tenía nueve tubos, unos más altos que otros, y comenzó a soplar con todas sus fuerzas.



Un viento grande de montaña descendió desde lo más alto del Cajas, un sonido de pájaros y miles de plumas de colores comenzaron a formar una espiral mientras los cóndores giraban alrededor en una danza fantástica. Un frío intenso de noches estrelladas se desparramó por las esquinas. Cuenca desapareció y un rumor sordo como de mucha gente se acercaba.

- Aquí nos tienes- gritó Juan con alegría - ¡Míranos! ¡Somos la raza más antigua de América! Aquí estamos los ayancayes, azogues, bambas, burgayes, cañaribambas, chuquipatas, cinubos, cumbes, guapanes, girones, gualaseos, hatun cañares, manganes, molleturos, pacchas, pautes, plateros, racares, sayausíes, siccis, tadayes, tomebambas y yunguillas.

Más de veinticinco tribus cañaris desfilaron con sus atuendos delante de los ojos atónitos de Byron. ¡Jamás había visto algo tan maravilloso! Llegaron cargando sus tesoros: tejidos elegantísimos, lentejuelas, cascabeles, idolillos ¡todo de oro! El ruido ensordecedor de las bocinas, las quipas, los rondadores provocaba escalofríos.

- ¡Esto somos! - repetía una y otra vez

Juan - ¡Fíjate bien porque esto eres!- en tanto los cañaris danzaban y reían felices.

Lentamente pasaron ante Byron con sus medias lunas doradas en la cabeza, sus plumas de guacamayas, canastas de maíz, flores de achupalla, y vestimentas de colores; cruzaron con sus bastones ceremoniales en donde escribían los códigos secretos de su casta; desfilaron ante los dos muchachos que temblaban abrazados, hasta que en medio de la multitud apareció el Cacique Dumma, sentado sobre una litera con su mujer a lado. Bebía la chicha ceremonial en vasos de oro y reía con todas sus fuerzas.

- ¡Mi abuelo! - dijo Juan y corrió hacia él mezclándose entre la multitud.

Byron se quedó solo, alelado en la mitad del parque. Todo desapareció, la muchedumbre, los gritos, Juan y su abuelo. Otra vez la inmensa catedral surgió como por encanto.

Una luz pequeñita brillaba en su corazón, el chico comenzó a entender y aceptar su procedencia, su identidad.

- ¡Soy cañari, soy ecuatoriano! - se dijo orgulloso, en tanto su abuela descendía las gradas del templo.

- ¿Dónde estabas? - le dijo con una sonrisa de azúcar.

- ¡Ay abuela, no tienes idea! - respondió pícaramente - vamos a tomar un rosero - añadió y se dirigieron hasta la plaza de las flores.

“¿Qué habrá sido de la quipa de Juan?” se preguntaba Byron cuando algo le llamó la atención en su mochila. Allí, en medio de los cuadernos, el celular, el llavero de la casa, los stickers de la selección de fútbol con sus jugadores nacidos en el valle del Chota, estaba la quipa luminosa y deslumbrante de sus antepasados, el regalo de Juan, su amigo y hermano de raza.

“¡Jamás dejaré esta tierra! ¡No! ¡Nunca voy a dejar a mi abuela! Soy cañari y enseñaré a otros el orgullo de mi raza” pensó Byron mientras se acababa, feliz, su vaso de rosero.

A lo lejos, en El Cajas las nubes se disipaban. Un sonido de hojas y un aleteo de guacamayas provocaban el despertar de las serpientes mientras en el alto Cañar el sonido gutural de una quipa danzaba entre la niebla.

Quilla Raimi
La fiesta de la Luna

Una lluvia de plumas cayó desde la luna. Miles de colores poblaron los montes y los ríos adquirieron sus destellos. Las aguas brillaban en cada gota y su canto hacía suspirar a los colibríes. El Cajas cubrió con su neblina a las achupallas, en tanto la quinua se vistió de gala con los velos finísimos del dorado.

¿Qué sucedía? ¿Por qué la luna hizo llover plumas esa noche clarísima de septiembre?

El aguacero plumífero invadió la selva y florecieron las orquídeas. Los colores saltaban entre las ramas y perseguían a los animales. Las chucurillas se escondieron en la cueva de Chobshi y los ojos verdes de los pumas se abrían desorbitados ante tanta maravilla.

La luna seguía alborotada, lanzando plumas como si en ello se le fuera la vida.

- Son las guacamayas que vienen - dijo el Yachac del pueblo -Son las aves que buscan a los cañaris- sentenció taciturno.

- No comprendo- respondió Don José Nivicela, Cacique de Suscal.

- Lo que sucede es que son hijos de las Guacamayas y ahora andan desparramados por toda la tierra. Ellas quieren que vuelvan.

Don José sin decir más, tomó la bocina y comenzó a tocar con todas sus fuerzas. El sonido del instrumento llenó las montañas de Narrío y Quilloac, bajó las hondonadas de Cochancay y se extendió hacia el mar.

La música se llenó de plumas, y llegó hasta el Yurac Rumi, donde habitan los espíritus protectores de los cañaris.

-¿Qué habrá sucedido?- preguntaron. Y se dirigieron velozmente hacia la tierra.

- Las guacamayas no encuentran a sus hijos -dijo el Yachac.

-¡Vamos a buscarlos!- gritaron los espíritus y salieron disparados a los confines de la Pachamama.

En un vuelo rasante pasaron por los montes más altos, las Rocallosas y el Cañón del Colorado en Estados Unidos; los Alpes, los Pirineos en Europa.

Mientras tanto las cataratas se llenaron de plumas. En el Salto del Ángel, en las del Niágara y en Iguazú una explosión de colores inundaba el agua que caía a borbotones.

Luego las plumas revolotearon hacia los nevados y volcanes. El Everest, el Aconcagua y el Chimborazo se miraron alelados.

¡La tierra era una sola bola de plumas!

-¡Dónde están los cañaris!- gritaba el viento, y los monzones inundaban con su eco los desiertos.

En el Sahara los camellos estornudaban y en Nazca las líneas comenzaron a perder sus formas.

Todo era un gran revoltijo.

-¡Es el calentamiento global!- sollozaban las musarañas.

-¡No es eso! porque hace mucho frío - explicaron los delfines.

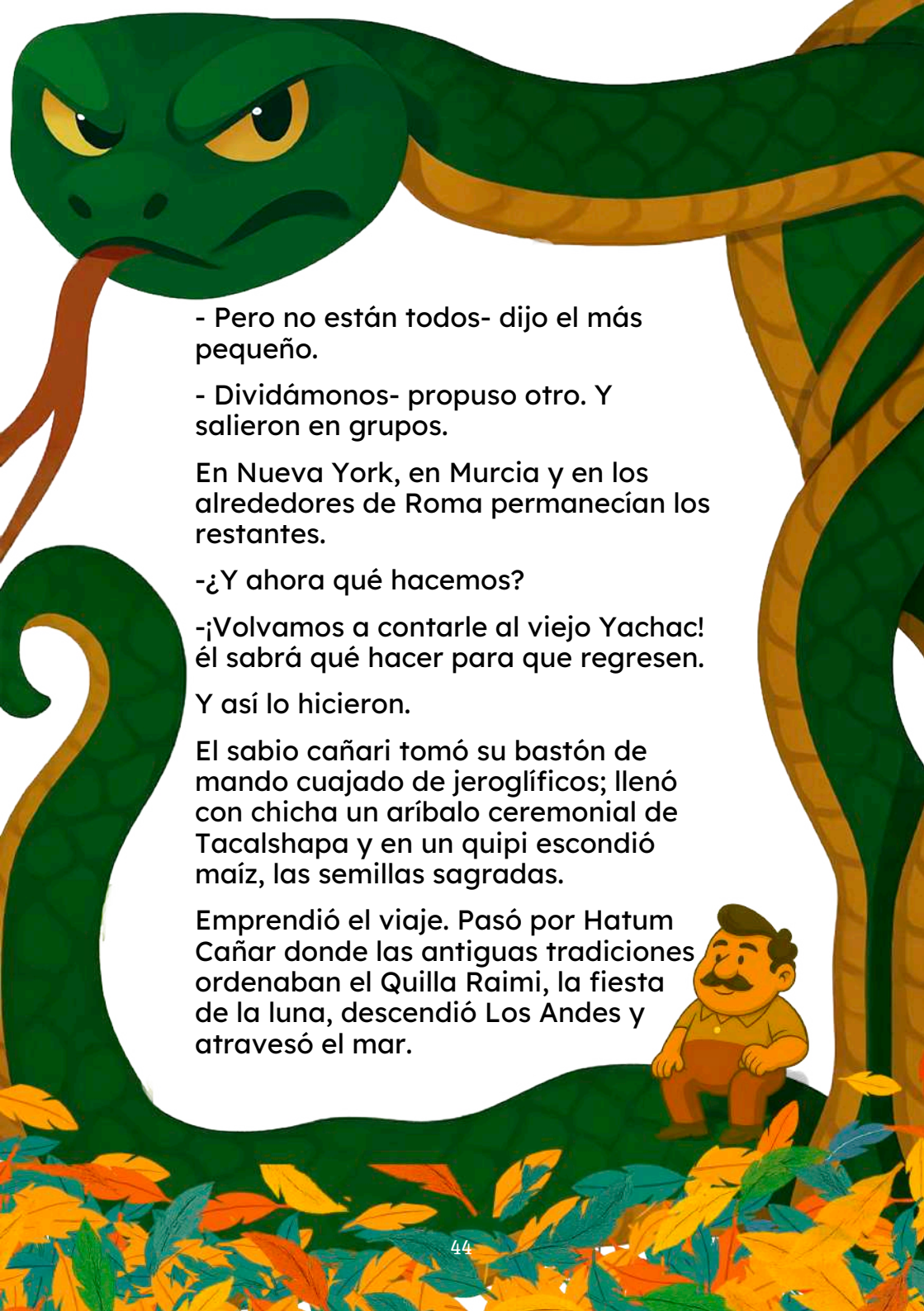
-¿Habrá muerto el viejo George, en las Galápagos?- se preguntaban las jirafas al otro lado del mundo.

Sin hacer caso, los espíritus ancestrales continuaron su viaje. Había que encontrarlos, de otra forma la luna perdería su cabeza! y ellos sabían muy bien lo que sucedía cuando se volvía loca.

-Sigamos su rastro en las ciudades -dijo el más inteligente.

-De acuerdo- contestaron y tras averiguar en muchas de ellas, bajaron a Madrid.

Junto a la puerta de Alcalá, en el Retiro, los encontraron. ¡Allí estaban! reunidos, como en una gran pampamesa.



- Pero no están todos- dijo el más pequeño.

- Dividámonos- propuso otro. Y salieron en grupos.

En Nueva York, en Murcia y en los alrededores de Roma permanecían los restantes.

-¿Y ahora qué hacemos?

-¡Volvamos a contarle al viejo Yachac! él sabrá qué hacer para que regresen.

Y así lo hicieron.

El sabio cañari tomó su bastón de mando cuajado de jeroglíficos; llenó con chicha un aríbalo ceremonial de Tacalshapa y en un quipi escondió maíz, las semillas sagradas.

Emprendió el viaje. Pasó por Hatum Cañar donde las antiguas tradiciones ordenaban el Quilla Raimi, la fiesta de la luna, descendió Los Andes y atravesó el mar.

Caminaba despacito, igual a las mujeres de su tierra que saben que la Pachamama está embarazada en época de siembra,

- ¡Volverán!- se repetía y tomaba un poco de chicha para el cansancio.

La luna se escondió y volvió a salir muchas veces ... tan largo fue su viaje.

Cerca de Queens encontró a Kevin, un muchachito con rostro cañari.

- ¡Acompáñame!- ordenó. -Vamos a buscar a tus hermanos.

El chico movió la cabeza, negando.

-Mis papis me tienen prohibido hablar con extraños - dijo. Y se alejó corriendo.

El Yachac retomó su camino. ¡Tenía que hablar con todos, pero no sabía cómo!

Así decidió hacer el ritual. En un sitio que nadie conoce, habló nuevamente con los espíritus.

-¡Tienen que ayudarme!- suplicó. -Estoy viejo y cansado. Debe haber una forma para que ellos se reúnan.

-¡Está bien! vamos a convocar a la Gran Serpiente, es nuestra última oportunidad- contestaron los espíritus.

Entonces se formó un consenso en la tierra y en el cielo. Un enorme trueno se escuchó y los cañaris se encontraron, de pronto, en una gran explanada. Sin saber cómo, todos ellos, estaban juntos nuevamente.

Y habló el Yachac:

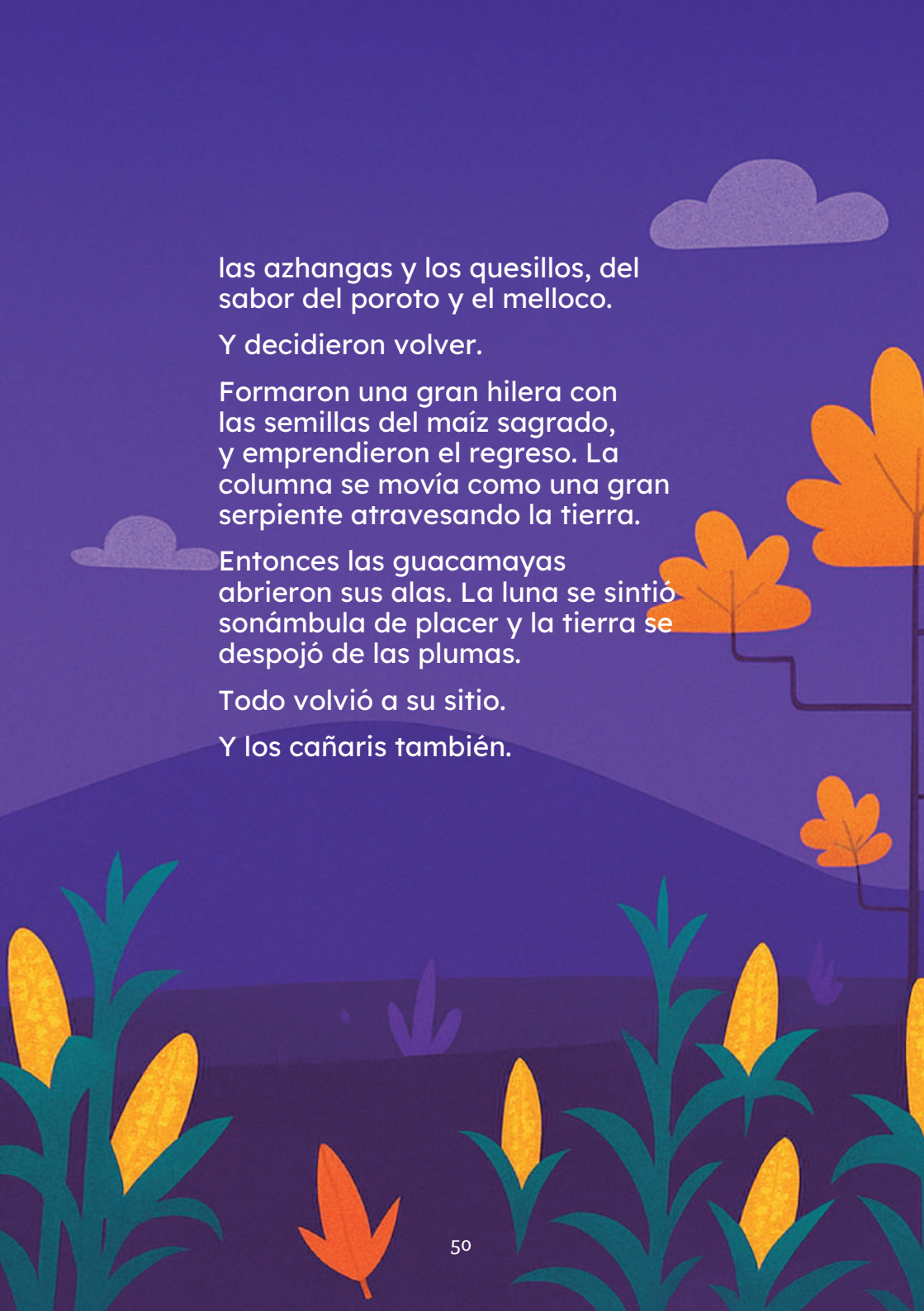
- Nuestra diosa la luna se siente mal- dijo- Lanza plumas todo el tiempo, porque las guacamayas se están quedando calvas de pena. Deben saber que en su tierra, las cosechas ya no existen. Los retazos de colores que veíamos con las pampas moradas de la flor de papa, los amarillos del trigo y el maíz, los verdes y rojos del ají han desaparecido. Ya no hay quien trabaje las zamarras para el frío, y los sombreros de lana, ¡tan hermosos! junto con las cuzhmas se han olvidado. Únicamente en los Museos exhiben las

fajas que contaban su historia, y a pesar de que, se siguen usando sus palabras terminadas en ay, como Azuay y achachay, además de los nombres terminados en eg, y en ig como Chordeleg, Déleg y Sigsig, todo lo demás ha sido olvidado. Los cuyes ya no tienen yerba, y los conejos de monte huyeron. El atuc es perseguido y en el Aguarongo el capulí, el tocte y el guabisay tiemblan de frío.

Entonces los ojos de los bravos cañaris se humedecieron.

Recordaron el cañaro, (el árbol rojo del cual tomaron su color para la guerra con los incas) y su mente se iluminó con la fragancia de la ruda, la malvarrosa, el cedrón; se acordaron de Don José Nivicela, el único cacique vivo todavía en Suscal y comenzaron a contarse, entre ellos, sus historias.

Hablaron de la música, de la quipa y la bocina. De los atardeceres rojos de Chil-chil en los calientes de Cañar, de



las azhangas y los quesillos, del sabor del poroto y el melloco.

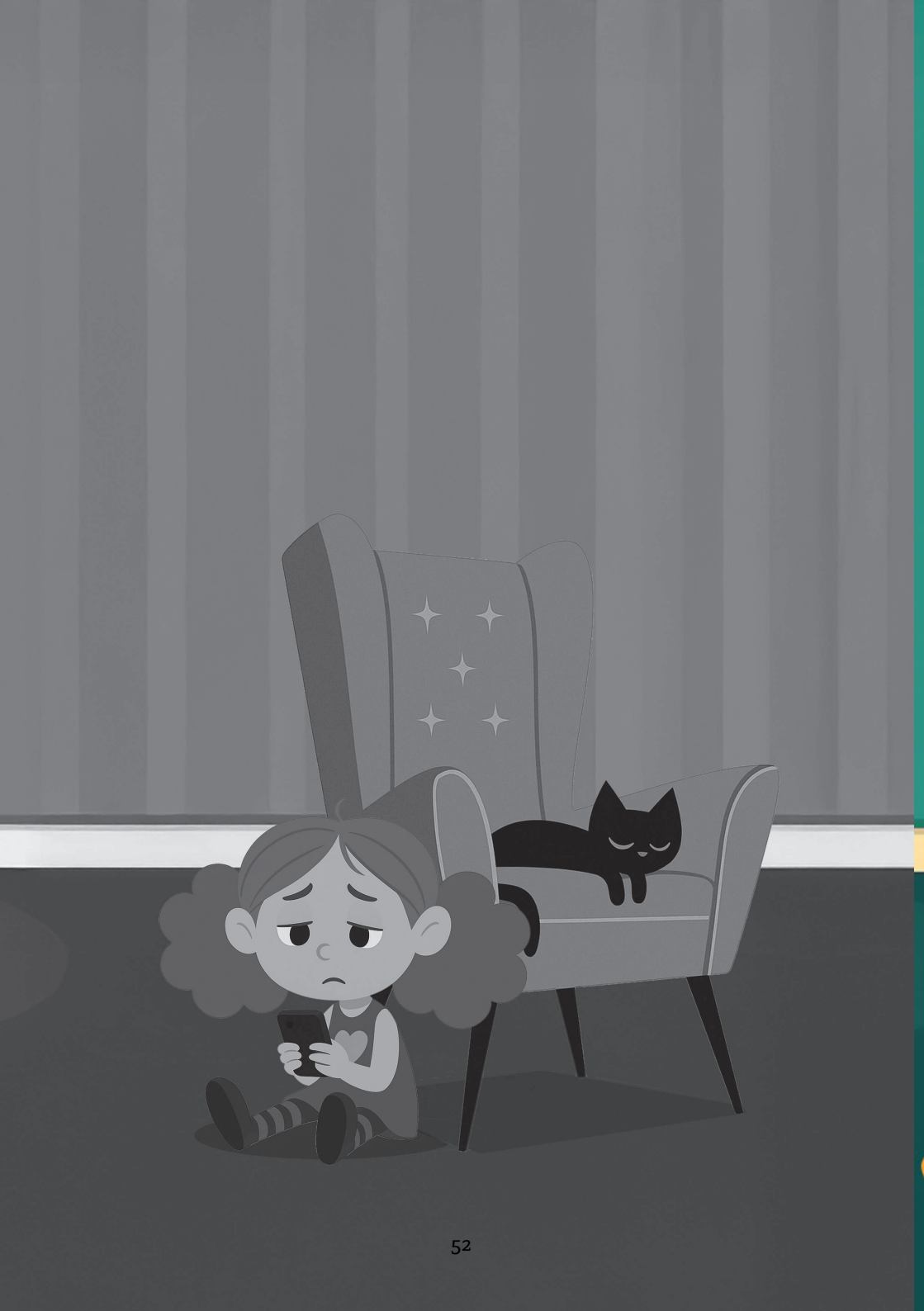
Y decidieron volver.

Formaron una gran hilera con las semillas del maíz sagrado, y emprendieron el regreso. La columna se movía como una gran serpiente atravesando la tierra.

Entonces las guacamayas abrieron sus alas. La luna se sintió sonámbula de placer y la tierra se despojó de las plumas.

Todo volvió a su sitio.

Y los cañaris también.



ESPEJOS

Hay un pájaro carpintero y una familia de zarigüeyas dormidas junto a tu ventana. Este libro que invento con gotas resplandecientes que solo tú miras. Hay un final feliz en los cuentos para niños.

Mis historias se alejan y quedan los unicornios en tu mente.

Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2025, en el PrintLAB de la
Universidad del Azuay, en Cuenca del Ecuador.

Desde hace mucho, mucho tiempo, aquí, en la hermosa llanura de Guapondelig, tan hermosa como una comarca del cielo, vivían los cañaris, los únicos dueños de esta tierra de cóndores y colibríes, de chucurillos y de pumas, de achupallas y de aguarongos, de capulíes y de gordas mazorcas de maíz.

Cuando el inca Túpac Yupanqui quiso conquistar este paradisíaco lugar, el gran cacique Duma, jefe de los valientes cañaris, reunió a sus guerreros y derrotó al inca y a su numeroso ejército; pero, luego, viendo que Túpac Yupanqui traía más refuerzos, los bravos cañaris decidieron reconocerlo como soberano.

Así comienza la historia de nuestra gente.

Los cuentos de Catalina Sojos rezuman historia, mitología, conocimiento amoroso de las raíces; y para fortalecer la historia acuden la imaginación y la fantasía, para hablar de las guacamayas, de las plumas que se desprenden de la luna, porque ella era la diosa principal de los cañaris.

La luna y las guacamayas llaman a sus hijos que andan desperdigados por el mundo, los convocan para que vuelvan a su tierra, a nutrirse de las esencias milenarias.

Magia, historia, amor por la tierra, poesía, estos son los ingredientes con que la autora nos describe a Guapondelig, que luego se llamó Tomebamba, que finalmente cristalizó en Cuenca, nombre de la más hermosa joya de estos valles y montañas de los Andes.

Las magníficas ilustraciones de Diego Larriva perfeccionan los cuentos y los potencian admirablemente.

Oswaldo Encalada Vásquez

ISBN: 978-9942-577-96-2

UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora